

Jean Echenoz, *Correr*

Novela cuyo protagonista es el corredor checo Emil Zátopek. En numerosas entrevistas Echenoz ha declarado que no se proponía hacer una biografía sobre el famoso atleta, que no buscó información a través de personas que lo hubiesen conocido y que únicamente contó con las informaciones recogidas en los periódicos de la época. Se propuso convertirlo en protagonista del relato porque le interesaban los rasgos psicológicos de este atleta incombustible, y ver cómo evolucionaba desde sus comienzos, cuando descubre que le gusta correr hasta cuando sufre los golpes de los distintos movimientos políticos por los que atraviesa Europa y su país.

Novela breve de desarrollo lineal que fue bien acogida por los miembros del club de lectura. Unos lectores destacamos las explicaciones referentes a la forma de correr: la manera más idónea de realizar el ejercicio, el tipo de carrera, casi un tratado mini de cómo se debe practicar este deporte que descubre al lector la capacidad adictiva que conlleva correr; otros lectores, en cambio, mostraron interés por el recorrido histórico que realiza la narración y las reacciones de Emil Zátopek ante la adversidad.

“Por aquella época no se conoce el sprint final, los corredores procuran espaciar el esfuerzo, repartirlo a lo largo de una prueba. En su afán de escatimar fuerzas hasta el final, no se creen capaces y sobre todo no se atreven a reservar la velocidad para desplegarla en la última recta, para dar lo máximo de sí mismos al final de la carrera. De ahí la inmensa utilidad de entrenar también con pequeñas distancias: el sprint final, que acaba de inventar Emil.”

Como leemos en el fragmento anterior, el sprint final es cosa de Emil Zátopek. Para algunos lectores faltaron un par de deportivas y empezar a correr.

Echenoz trata a Emil Zátopek como a un héroe, sabemos de este deportista que está muy atento a los latidos de su corazón y a su grado de cansancio, que sopesa hasta dónde alcanza su grado de fatiga. Sabemos también que sigue entrenando todo el otoño, todo el invierno, y no sólo en el estadio, sino también en la calle, en las carreteras, en el bosque, en el campo, por todas partes hasta el punto de causarse lesiones. Esta máquina de correr -haga el tiempo que haga- corre no tanto como un hombre cuanto como uno de esos animales dotados sobre todo para correr..

La imagen, en los Juegos Interaliados de Berlín, en 1946, de un atleta delgado, sin aspecto de deportista y sólo él representando a su país -detrás del cartel de Checoslovaquia- provoca risas. Pero después, cuando cruza la meta en solitario, los 80.000 espectadores estallan en un clamor.

Este corredor siempre corre, no importa el estilo: corre como un excavador, la cara deformada por un rictus, no es elegante haciéndolo. Es simplemente un motor excepcional, no en vano lo llaman la locomotora humana.

Nunca dejamos de verlo como corredor, ni cuando las autoridades políticas checoslovacas lo presionan y controlan hasta limitar sus traslados. Incluso corre en las minas de uranio adonde lo destierran porque ha apoyado a Dubcek, y también mientras sigue con breves zancadas el camión que recoge la basura de Praga, porque Emil Zátopek es por encima de todo un corredor.

Echenoz dice: "Mi libro no es una biografía. El Zátopek del que hablo no es el verdadero Zátopek. Lo que yo he hecho es apoderarme de alguien real y manejarlo como un personaje de ficción, como en mis otras novelas. He intentado ser lo más fiel posible a su biografía, pero me he concedido, como novelista, un margen de libertad."

"Correr es lo que le daba la vida, pero al mismo tiempo se la robaba, porque le quitaba todo el tiempo, le arrebatava casi todo"

"Él corría para huir de la dictadura, pero, a la vez, para el régimen era un símbolo, un ejemplo y un rehén, todo junto"

"Hay un lado ascético, casi monástico en esa manera de correr."

La novela atraviesa 40 años de Historia y nos conmueve con la figura de este deportista convertido en mito del que se puede afirmar que toda su vida se movió dentro de la sencillez.

Algunos lectores coincidimos en tachar la novela de irregular, y –para algunos, quizá los más amantes de la carrera- esta narración se salvaría entera únicamente con la imagen del atleta entrando solitario en el estadio: atleta delgado y que no parece deportista, en ese gran estadio de Berlín en 1946.

Al salir del instituto, nuestras conversaciones giraron en torno a las ventajas de correr y a la duda de si, para empezar, había que hacer kilómetros el primer día... Por supuesto que no, nos dijo nuestro corredor-lector o lector-corredor. Consejo: empiezas a correr poco a poco, un día más y al siguiente más, y al otro más y más, y no lo dejas.

Sólo hay que correr...y vencer los pensamientos negativos

Fe González